

nidad y expresando no pocas veces en términos muy claros el deseo y la conveniencia de su completo exterminio.

Otro rasgo repugnante de aquella sociedad era que el embrutecimiento general se extendía, no solo á la literatura, sino también á la administración de justicia, cuya crueldad inhumana y cuyo proceder absurdo solo podía explicarse por la ausencia completa de todo sentimiento de justicia y de todo criterio recto. La misma barbarie con que el noble trataba á sus víctimas, á quienes desbalijaba, mutilaba ó mataba en el camino, usaba la justicia encerrando y haciendo perecer á simples acusados en indignas mazmorras y en los horribles suplicios de los tormentos, como despues en el patíbulo. Sin hablar de lo que hacían los nobles con sus infelices presos y prisioneros en los castillos, las ciudades adquirieron una triste fama con sus cámaras de tormento y con las atrocidades que cometían sus verdugos en las ejecuciones capitales.

Eneas Silvio critica el rigor excesivo de la justicia de Basilea, y el alemán Conrado Celtis (1), en una descripción entusiasta de las grandezas de Nuremberg, censura con mucha y laudable franqueza esta misma mancha. Un escritor extranjero de la segunda mitad del siglo XVI dijo que la gula y la crueldad eran los vicios nacionales de los alemanes, que á su vez acusaban de crueles á los pueblos neo-latinos y decían que el derecho romano había engendrado la aplicación del tormento en los procedimientos judiciales; pero la verdad es que mucho antes de la introducción del derecho y del procedimiento jurídico-criminal romanos en Alemania, se administraba allí lo que llamaban justicia con inhumanidad indescriptible; siendo castigo genuinamente alemán el de sacar á la víctima los ojos. No hay palabras para expresar la ferocidad con que eran castigados los infelices habitantes del campo; una antigua costumbre de las que hacían las veces de leyes, coleccionadas en el año 1461, manda que al hombre que descortezara un árbol arraigado se le saque una tripa del cuerpo, se ate el extremo de ella al árbol y se haga correr á la víctima alrededor de aquél hasta que su tripa haya cubierto la parte descortezada. La misma costumbre ordena que al que ponga fuego al bosque se le sitúe metido en una piel de vaca ó de buey á tres pasos del incendio hasta que las llamas hayan pasado tres veces sobre el culpable, el cual si queda vivo habrá así expiado su crimen. Estos castigos, como los suplicios atroces que con espantosa frecuencia imponían los tribunales del siglo XVI á los criminales verdaderos ó supuestos, recuerdan la fantasía feroz de las tribus salvajes mas sanguinarias. Tal era la justicia en las ciudades, mientras fuera de sus muros ni esta justicia había, porque allí dominaba á sus anchas la nobleza inferior, que se llevaba la palma en materia de ferocidad bestial. Los nobles bandoleros no solamente se complacían en cortar á hachazos las manos á los infelices á quienes acababan de robar, sino que muchos, sobre todo en el Mediodía de Alemania, se divertían en castrar á cuantos clérigos caían en sus manos.

Todavía tendremos ocasion de volver á hablar del odio concentrado que los alemanes, sin diferencia de clases, tenían al clero, en medio de la guerra general de cada uno contra todos, mientras que el pueblo, tan bárbaro é ignorante como las demás clases sociales, pero víctima de todas, prestaba ya oídos á los que predicaban ó profetizaban un gran cataclismo social. Las clases mas principales y opulentas de las poblaciones urbanas fueron las que presintieron las primeras el peligro que se iba condensando, pues que ya habían visto en el siglo XIV los tumultos de los artesanos hambrientos, que derribaron las puertas de las casas de los

(1) Véase *El Renacimiento y los estudios de humanidades en Italia y Alemania*, por Luis Geiger, que forma parte de esta HISTORIA UNIVERSAL.

ricos para comer con ellos; y si bien el furor del pueblo se solía dirigir en sus explosiones ora contra los judíos, ora contra el clero y aun contra el soberano, la clase opulenta de las ciudades no dejaba de comprender que ella era la mas inmediatamente expuesta, porque la lucha era en el fondo, como en la guerra husita, entre los pobres, desposeídos y abyectos, y los ricos. Véase cómo se expresa una crónica de Magdeburgo, despues de referir una sublevación del pueblo del año 1402: «Procurad, queridos ciudadanos, ancianos y sabios, tener mas cuidado en adelante; tratad de tener un buen gobierno y no dejéis hacer al pueblo bajo todo lo que quiere, como hasta ahora; tenedlo bien vigilado y sujeto, porque desde antiguo ha existido odio entre ricos y pobres, y éstos odian á cuantos poseen algo, y están mas dispuestos á hacerles daño que los ricos á los pobres.»

La sublevación husita en Bohemia había enseñado lo que podía resultar si á la miseria y al hambre se juntaba la excitación religiosa; pues aquellos fanáticos querían nivelarlo todo, sin dejar en pié privilegio alguno, y todo en nombre de Dios. Una mezcla análoga de corrientes anárquicas político-sociales y religiosas, en parte se realizó y en parte se preparó en Alemania en el siglo XV, rematando en la gran guerra de labradores.

El siglo XV fué para la Alemania un siglo de experimentos políticos rudimentarios y vanos; hubo cierto deseo mas ó menos sincero de establecer algun orden en aquella masa de elementos anárquicos, á la cual se había dado el nombre pretencioso de sacro romano imperio; pero nadie pensó en obedecer ni menos en sacrificar algo.

### CAPITULO III

#### LOS HABSBURGOS Y LA REFORMA DEL IMPERIO

En la convicción de todo el mundo estaba la necesidad de una gran reforma del imperio y de la Iglesia, y esta necesidad llegó á ser imperiosa en el reinado del rey Segismundo. A la conmoción causada por las guerras husitas no tardó en seguir otra producida por las bandas de los Armagnacs, que sin que nadie lo impidiese asolaron todo el Sudoeste de Alemania. No podía estar mas patente la impotencia política de Alemania, despreciada por todos los Estados vecinos, que lanzaron sobre ella las bandas ingobernables de la soldadesca licenciada de que estaban infestados (2). Los italianos hablaban con desprecio del hombre que se adornaba en Alemania, su país, con el título de emperador romano sin poder imponer respeto á nadie, aunque un escritor adulator alemán del siglo XV tuviera el descaro de decir que todas las naciones bárbaras temblaban ante el águila imperial y aunque nominalmente formaban parte del imperio los Estados de Florencia, Milan, Génova, Saboya, la Provenza, los Países Bajos, Suiza, Bohemia, Moravia y los Estados de la órden teutónica. Las tres grandes potencias occidentales, Francia, España é Inglaterra, se iban consolidando, deseosas cada una de ocupar el primer puesto, que la Alemania era del todo incapaz de sostener. Igual ambición animaba á la casa de Borgoña, cuyo corto apogeo duró bastante para acabar de arrancar al imperio los Países Bajos. No era mejor la situación de Alemania por el lado Norte y Este. La liga anseática estaba en completa descomposición y tenía enfrente los tres reinos escandinavos unidos contra ella. La elección del rey de Dinamarca para duque de Schleswig y conde de Holstein fué tan funesta para la Alemania como la invasión y conquista del

(2) Carlos VII, rey de Francia, echó en 1444 al territorio alemán mas de 50,000 de estos mercenarios, á quienes el duque de Borgoña dejó pasar por sus Estados. (N. del T.)

territorio de la órden teutónica por los polacos. La Bohemia en poder del pueblo checo, hostil como todas las ramas de la raza eslava á los alemanes, formaba un reino independiente de Alemania y cayó juntamente con la Hungría en manos de la dinastía polaca de los Jagellones á fines del siglo. Por la parte Sudeste amenazaba el poder turco, y con el imperio moscovita fué consolidándose otro poder enemigo de Alemania. Pero el peligro mayor y mas inmediato amenazaba del lado de Francia, cuyos reyes estaban trabajando sin descanso desde el siglo XIV á fin de obtener los votos de los príncipes electores y demás magnates alemanes y ser llamados al trono del sacro imperio romano-germánico. En 1444 Carlos VII dijo claramente que el Rhin era la frontera natural de Francia y que á él correspondía velar por la libertad de los (príncipes) alemanes. Algunos decenios despues la corona de Francia consiguió los buenos auspicios de Suiza.

No existía ni remotamente lo que pudiese representar en el mundo una política alemana, porque para representar un papel el imperio alemán habría sido menester que existiera, ó que volviera á formarse, un poder central, que no tenía ni el rey puramente nominal ni la oligarquía, falta de toda trabazón, de los príncipes electores. La Alemania era un aglomerado flojo de elementos centrífugos. Los príncipes mas poderosos avanzaban en el camino de constituir sus Estados en entidades políticas independientes, por cuya razón eran los obstáculos mas poderosos á toda unificación del país; y tras ellos venían las ciudades libres, que preferían su independencia á toda grandeza nacional.

El pueblo alemán acusaba con instinto recto á los príncipes de la decadencia del imperio germánico, porque solo de ellos podía salir una iniciativa capital y enérgica, y si ésta faltaba, no quedaban mas que el caos y el trastorno social-político inevitable. Así lo comprendió Nicolás de Cues cuando escribió su famoso proyecto de reforma del imperio. Según este reformista ingenioso y sagaz, el mal del imperio expirante consistía en la ausencia de toda seguridad de personas y haciendas, por cuya razón pedía la supresión de la guerra de todos contra todos y la imposición de una paz general; es decir, el establecimiento del órden social y de la seguridad, ó sea del reinado de la ley; lo cual solo podía lograrse con un poder central, el imperial, fuerte y cimentado sobre una hacienda bien ordenada y un ejército permanente, completamente organizado. Este poder imperial seria apoyado é intervenido por asambleas anuales, formadas por los príncipes electores, los magistrados imperiales y los representantes de los demás príncipes, de las ciudades y de la nobleza. Esta asamblea ó parlamento seria á la vez tribunal supremo para toda clase de cuestiones judiciales, y una de sus misiones capitales había de ser la formación de un código sobre la base de las innumerables jurisprudencias, usos y costumbres especiales. El tesoro del imperio tendría por ingresos una contribución general, los derechos de entrada, de tránsito y de salida, así como los ingresos de los tribunales. El tesoro y su administración estarían en Francfort. Ninguna fuerza armada, fuera del ejército permanente del imperio, seria permitida. «Si los príncipes, — dice el citado escritor, — no prestan su cooperación á esta reconstrucción, mientras ellos disputan se levantarán los hombres de la fuerza material; y del mismo modo que los príncipes devoran el imperio, el pueblo devorará entonces á los príncipes.»

La reconstrucción del imperio dependía, en efecto, de las familias soberanas principales que en el curso del siglo XV sobresalieron de la masa de las pequeñas familias dinásticas ó independientes, y que en el siglo siguiente decidieron la suerte de la reforma religiosa. Estos príncipes obedecieron á la ya citada tendencia de formar de sus Estados monarquías

independientes y estables, á cuyo fin hicieron alianzas de familias, nombrándose mutuamente herederos de sus Estados en caso de extinción de una de ellas, cuando en tal caso sus grandes feudos deberían haber vuelto á la corona imperial. A fines del siglo XV pareció, en efecto, que la división infinita de los Estados territoriales, gusano roedor del poder dinástico, iba á desaparecer ante una idea de política verdadera. Gracias á la bula de oro, quedaban exentos ya de la divisibilidad los territorios de los príncipes electores; y siguiendo la misma tendencia, otras familias soberanas procuraron impedir en adelante toda nueva división de sus territorios por medio de pactos de familia, fijando la regla de sucesión á favor del inmediato heredero por órden de primogenitura. En 1473 hicieron este arreglo los Hohenzollern y la dinastía de Wurtemberg; en 1506 la familia de los Wittelsbach de Baviera y en 1515 la de Zahringen de Baden. Los territorios mecklemburgueses, pomeranios, hessenses y turingio-sajones llegaron á tener en el siglo XV un gobierno unificado, bien que no siguió así mucho tiempo; y la familia welfa continuó subdividiendo sus territorios entre los hijos á la muerte de cada príncipe. Probablemente fué también en parte efecto de una idea política la práctica de las familias dinásticas grandes y pequeñas, que entonces se generalizó, de colocar á sus hijos segundones en los principados eclesiásticos y otras grandes prebendas, á cuyo fin se fué cercenando el derecho electoral de los cabildos hasta transformar éstos en colegios compuestos exclusivamente de individuos de la nobleza, cuya aptitud para estas plazas eclesiásticas se media solo por los timbres nobiliarios de los candidatos, ni mas ni menos que se hacía cuando se trataba de su admisión en los torneos. Los principados eclesiásticos habrían podido tener una influencia decisiva en la dirección del imperio si sus representantes se hubiesen reunido en un grupo compacto, porque había mas de 50 arzobispos y obispos y unos 80 abades y abadesas con jurisdicción territorial; pero no lo hicieron así, y ciertas familias nobles hasta llegaron á considerar algunas prelacías y prebendas eclesiásticas como propiedades suyas.

Era evidente que una aristocracia que tan mal entendía lo que perjudicaba ó servía los verdaderos intereses de sus respectivas familias, no podía tener talento ni voluntad para servir los intereses del imperio. El espíritu encontrado de las dos familias dinásticas, de Hohenzollern y Wittelsbach, exacerbó durante decenios la confusión interior del imperio. Los Hohenzollern habían medrado á la sombra del trono imperial; á despecho de la nobleza y de las ciudades de la marea de Brandeburgo lograron establecer en este territorio su dominio, y el príncipe elector Federico I, apenas elevado á esta dignidad, pudo ambicionar el título de rey de Romanos (1), que en aquel tiempo no podía haber llevado otro mas digno. No llegó á realizarse esta pretensión, como tampoco la esperanza de agregar á sus Estados el electorado de Sajonia; y en cuanto á la corona de Bohemia, que fué ofrecida repetidas veces á los Hohenzollern, no llegó á ser aceptada formalmente. El elector Alberto, con el sobrenombre de Aquiles, el hombre de las ocurrencias sutiles y el primero entre los grandes del imperio, era amigo de lo positivo y enemigo de empresas aventureras. Valiente hasta la temeridad en los torneos y en la guerra, era temido por su astucia en política y llamado «el zorro alemán» por los extranjeros. Ninguno de sus colegas le igualó cuando convenía en insolencia brutal nobiliaria. Cuando se vió ante el tribunal imperial de Viena su litigio con la ciudad de Nuremberg, cortó la palabra al mismo emperador y expulsó de la sala con sus propias

(1) Que implicaba la sucesión en el trono imperial.

manos á un consejero imperial que no tenia título de nobleza, diciéndole: «¿Eres también príncipe tú?» Al legado del Papa dijo con rudeza que no le importaban nada ni el Papa ni el emperador. Mas adelante mandó las tropas imperiales contra el de Wittelsbach, pero no por esto dejó de trabajar como éste y los demás príncipes para aumentar sus dominios; y el clero de Franconia, que no le quiso pagar la contribucion estipulada, hubo de convencerse de que á Alberto no le arredaban la Iglesia ni el entredicho cuando se trataba de sus derechos de soberano. Cosas grandes no hizo, ni se cuidó de la regeneracion del imperio, y cuando murió en 1486 acabó también por largo tiempo la influencia del Estado de Brandeburgo. Esta influencia pasó entonces á los Wettines, soberanos de Sajonia, que adquirieron entonces derechos sobre Julich y Berg. Esta adquisicion habria tenido consecuencias trascendentales para el porvenir de esta familia, si no se hubiese debilitado ella misma con la division territorial efectuada en el año 1485 entre las líneas ernestina y albertina. Ambas estaban separadas por una rivalidad inextinguible, mientras la casa de Brandeburgo quedó asegurada contra todo desmembramiento por el pacto de familia hecho por el violento Alberto Aquiles. Sin embargo, heredó su influencia política el elector de Sajonia, Federico, hombre mesurado y prudente.

Muy al revés de los electores de Brandeburgo y de Sajonia, los Wittelsbach, desde la muerte del emperador Luis y la descomposicion de su gran obra dinástica, fueron los adversarios naturales de la casa de Luxemburgo y de los Habsburgos, sus sucesores; A mediados del siglo xv terminaron las discordias de familia entre la línea bávara y la del Palatinado, y ambas formaron el núcleo de un partido contrario al emperador y cuyo jefe era el conde palatino Federico el Victorioso, que mas todavía que su adversario, el elector de Brandeburgo, Alberto Aquiles, representaba entonces el tipo del soberano moderno. En efecto, se rodeó de doctores en el derecho romano y de humanistas, y hasta se llevó á campaña á su poeta de cámara, el cual cantó en exámetros latinos, no solamente su persona y sus hazañas, sino también los actos de su querida y de sus hijos naturales. Cuando el emperador se negó á confirmar su dignidad de príncipe elector, Federico, muy tranquilamente, pidió y obtuvo la confirmacion del Papa, y en guerra por la mitra de Maguncia se rió de la excomunion papal y del entredicho del emperador. Sin consideracion á nadie, aprovechó todas las ventajas del derecho de guerra, mas como pirata que como beligerante. A los príncipes que cerca de Seckenheim cayeron en su poder, hizo encadenar cada uno á un pesado peñon en su calabozo para sacarles el mayor rescate posible. No tiene, pues, nada de extraño que un hombre semejante y sus colegas ningun remordimiento tuviesen en elegir rey de Romanos á un príncipe extranjero, al rey de Bohemia Jorge Podiebrad. Si éste hubiese llegado á ceñir la corona imperial, la casa de Wittelsbach habria obtenido la preponderancia en Alemania y podido realizar los engrandecimientos territoriales que ambicionaba, como todos los demás príncipes y magnates del imperio, pues para unos y otros la regeneracion del imperio servia únicamente de pretexto para hacer sus negocios territoriales particulares.

A esto habia llegado la nacion alemana: á entregar sus destinos, sin excitar indignacion alguna, á un extranjero, ya fuese el checo Podiebrad, ya el borgoñon Carlos el Temerario, que era para los grandes de Alemania el ideal del soberano, rodeado de fausto y de la completa «libertad» régia. Bajo sus banderas habian combatido muchos nobles caballeros del Palatinado, y Federico el Victorioso, que mantenía con él relaciones estrechas de amistad, queria aprovecharlas

para casar á su sobrino, el joven conde palatino Felipe, con María de Borgoña, la heredera mas ambicionada de Europa. En 1474 emprendió Carlos de Borgoña su campaña contra el imperio, á favor del arzobispo de Colonia Ruperto, hermano de Federico. En su fatal marcha á Granson le acompañaron los embajadores del conde palatino. No fué éste, sin embargo, el heredero de la corona de Borgoña, sino la casa de Habsburgo. En cambio el príncipe electoral Felipe, sucesor de Federico, hizo alianza con el rey de Francia, que le pasó una pension, y los hijos mayores de Felipe fueron educados en la corte de Francia, con la cual estrechó en adelante mas y mas sus relaciones la casa electoral del Palatinado.

Entre los Wittelsbach de la línea bávara era indudablemente el mas notable y también un verdadero tipo de soberano político el duque Alberto IV de Baviera-Munich, durante algun tiempo el adversario aleman mas peligroso de los Habsburgos. Era osado y astuto como su tocayo el elector de Brandeburgo, y empleando estas cualidades consiguió evitar la division territorial, dejando á sus hermanos menores sin la parte que les correspondia del territorio que habia poseído su padre. Sujetó con mano enérgica á la nobleza de sus Estados, mostrándose no menos severo con las ciudades, como lo experimentó, por su desgracia, la de Regensburg, á pesar de ser ciudad imperial libre. Extendió su mano codiciosa á todo cuanto estuvo á su alcance, por lejano que se hallase y por flacos que fueran los pretextos. Así sostuvo los derechos de su casa sobre los Países Bajos y sobre la ciudad de Verona, despues de haber comprado á los Scala, dinastía expulsada, los derechos que pretendian tener sobre la dicha ciudad. Hizo cuanto pudo en union de su primo Jorge de Landshut para lograr del caduco duque de Austria Segismundo y á favor de la línea bávara de los Wittelsbach la sucesion del Tirol y del Austria anterior. Habíase casado Alberto con la hija del emperador, sin el consentimiento de éste, y para contener la ira del padre amenazó buscar el auxilio de los húngaros y el de otras potencias extranjeras, triste recurso de los soberanos alemanes, que viéndose contrariados en sus proyectos ambiciosos, acudían en seguida al extranjero, sin importarles la suerte del resto de Alemania.

La antigua discordia interior de la familia Wittelsbach volvió á brotar en 1504 con motivo de la herencia de la línea Landshut, y condujo á una devastacion horrorosa de la Baviera y del Palatinado. El duque de Baviera-Munich salió vencedor, gracias al auxilio del emperador, que declaró fuera de la ley al primo del duque; pero tuvo que pagar su victoria con concesiones territoriales á la línea palatina, al emperador y á los demás aliados. El ducado unido de Baviera quedó siendo un vecino peligroso para los Habsburgos, porque el recuerdo de lo que habian perdido y el deseo de recuperarlo se conservaron vivos en la familia y en los hijos de Alberto, y fueron vanos los esfuerzos del emperador Maximiliano para calmarles con ofrecimientos de casamientos ventajosos, ya con la reina de Escocia, ya con la de Nápoles, ya con otras princesas de países lejanos.

La obstinacion y la rudeza de aquellas generaciones se mostraban hasta en las familias soberanas; y al estudiar su conducta, se desvanecen completamente los alardes tradicionales de la honradez y fidelidad del pueblo aleman y del carácter pundonoroso y reputacion intachable de los príncipes de aquella época, frases vanas que en los documentos contemporáneos se repiten con una gravedad verdaderamente cómica.

En la fundacion de los Estados alemanes se emplearon, como en los demás, los medios mas vituperables, y si no se llegó á la iniquidad refinada de los déspotas italianos, la historia interior de las familias reinantes en Alemania en los si-

glos xv y xvi no deja de ofrecer muchos ejemplos de deslealtad y falsedad repugnantes, que se han querido justificar con las exigencias de los intereses dinásticos. El ejemplo mas conocido de estas infamias es el que presenta el desgraciado fin de Luis el Degenerado, duque de Baviera-Ingolstadt, el cual llevó una vida de luchas continuas con sus vecinos y otros, y por último su hijo legítimo Luis el Jorobado le hizo la guerra porque habia querido perjudicarle á favor de un hijo ilegítimo. El desgraciado padre octogenario cayó prisionero y despues de pasar de calabozo en calabozo en las cárceles de su hijo y de sus parientes, fué encontrado un dia muerto en la de su pariente Enrique de Landshut. Poco antes el anciano duque Ernesto de Munich habia hecho perecer ahogada á la querida de su hijo Alberto, hermosa aldeana de Bernau, y el ya citado Enrique de Landshut mató alevosamente y por sorpresa en el concilio de Constanza á su primo Luis. Las guerras entre hermanos eran frecuentes á consecuencia del arreglo defectuoso de las herencias. En Sajonia y Baviera se echó mano del recurso de tener presos á los hermanos menores cuando con sus reclamaciones se hacian demasiado molestos, y la misma conducta siguieron con el viejo margrave Federico, hombre iracundo y derrochador, sus propios hijos Casimiro y Juan. La codicia brutal, el lujo mas irracional, la ausencia completa de sentimiento nacional eran los rasgos comunes de la nobleza alemana de aquel tiempo, y mas adelante veremos que los extranjeros á principios del siglo xvi miraban con mucha razon como gente venal á todos los príncipes y señores alemanes. En todas partes se levantaron voces de la clase media del pueblo aleman, de clérigos y laicos, instruidos é ignorantes, lamentándose de la falta absoluta de sentimientos patrióticos. Matías de Kemnat, el historiógrafo de corte y divinizador de Federico el Victorioso, dice: «Cuidad de que no se establezca en Alemania algun emperador, rey ó príncipe extraño que luego os someta y domine. Manteneos firmes, tened presente lo que os debeis á vosotros mismos, y no cedais ni á amenazas ni á peligros al elegir el hombre que ha de ceñir la noble corona imperial de Alemania... Los duques son los que deben conducir á los pueblos y los príncipes se llaman así porque son los principales y deben estar hasta morir á la cabeza de los suyos; pero ahora resulta que los duques son casi siempre los últimos, y los príncipes no cumplen con el deber que implica su título. El emperador debe sostener muy alto lo que es justo y rechazar y castigar con mano fuerte lo que es injusto; su corazon debe ser foco radiante de justicia. ¿Obran ahora así los emperadores? Cada cual lo sabe y á mí me incumbe callar.» Mas adelante califica al emperador Federico hasta de «avaro Judas,» y el barbero y poeta de Nuremberg Juan Folz, no trata mejor al emperador en su historia del origen del imperio.

Este emperador tan vilipendiado y cuya impotencia fué tan proverbial, es cabalmente el fundador del poder de la casa de Habsburgo y el que le mostró sus horizontes al Este y Oeste. El suceso mas grande de la historia política de Alemania en el siglo xv es, sin duda, el encumbramiento de la casa de Habsburgo, si bien esta obra tiene desde un principio un carácter internacional, pues que los grandes intereses de esta dinastía se encontraban ya entonces fuera del imperio aleman.

Todo en fin contribuyó para impedir en Alemania la unificacion y creacion de una nacionalidad, como se operó en Francia, Inglaterra y España; y para dar mas fuerza todavía al ya invencible particularismo centrífugo aleman, el destino deparó á la Alemania una dinastía imperial en cuyos cálculos políticos la Alemania era solamente un factor como otros muchos.

Federico de Estiria fué elegido emperador de Alemania por los príncipes electores en 2 de febrero de 1440, por parecerles inofensivo é impotente; y en efecto, como emperador hizo toda su vida un papel lastimoso; pero no por esto fué un personaje insignificante, como lo demostró á despecho de aquellos sarcasmos y quejas, sosteniéndose sin mas recursos que la division de sus contrarios y la débil aureola de la corona imperial. Las contrariedades y desgracias á que tuvo que hacer frente fueron tantas, que á haber tenido un poco de pundonor se habria erguido con fiereza contra tales humillaciones, pero Federico era en esta parte hombre invulnerable é imperturbable. Se acostumbró á dejar obrar al tiempo y á aguardar la muerte de sus enemigos para volver á empezar sus combinaciones políticas hasta sacar al fin el resultado que se habia propuesto. La tenacidad á prueba de todo era su fuerza, y bien puede aplicarse á este calculista y proyectista silencioso, que llegó á realizar una buena parte de sus planes en medio de las rechiflas de sus contemporáneos, el adagio del ya citado elector de Brandeburgo, Alberto Aquiles, segun el cual, para vivir no se debia tener vergüenza. Este mismo Federico III hizo poner en todos los objetos de su uso la cifra ó anagrama A E I O U (*Austria est imperare orbi universo*) y era cultivador ardiente de la alquimia, de la astrología y hasta de la nigromancia, y se decia que en su aposento se veían y oían «cosas maravillosas y terribles.»

Tres conquistas grandes debe la casa de Habsburgo al emperador Federico III, á saber: el matrimonio de Maximiliano, hijo de Federico, con la heredera de Borgoña; la eleccion del mismo Maximiliano para rey de Romanos y la creacion de la liga de Suabia. Sentimientos nacionales como los manifestaron los reyes Habsburgos anteriores, no tenia Federico III, que llamó á Alemania las hordas abominables de Armagnac, y no fué culpa suya si en su reinado los reyes de Francia no realizaron su constante pretension de tener el Rhin por frontera. Para él y los demás príncipes la Alemania era una cosa con la cual se podia hacer lo que se quisiera; así formó un proyecto de alianza europea contra los infieles, en el cual propuso dar la jefatura á los reyes de Francia y de Bohemia, y concederles además la presidencia de un parlamento internacional de soberanos, prescindiendo expresamente del emperador y del Papa.

Mas peligrosa que la casa de Habsburgo amenazó ser la de Borgoña, que con pretensiones de gran potencia fué elevándose entre Francia y Alemania, y cuyo jefe, Carlos el Temerario, se consideró ya heredero del destartado sacro imperio germánico-romano. En este monarca estuvo combinado el espíritu de la monarquía moderna con el de la caballería rejuvenecida, aventurera y ceremoniosa. Esta mezcla fué el tipo modelo de los soberanos del siglo xvi, tipo que al mismo tiempo que el deseo de una monarquía europea, se conservó vivo en la dinastía de Habsburgo y en el ánimo de los reyes de Francia. «La mitad de Europa, dice Comynnes, no habria contentado á Carlos.» En la corte de este vasallo de la corona de Francia tenian embajadores el Papa, el emperador, Francia, Inglaterra, Hungría, Bohemia, Nápoles y Venecia; el dominio de Borgoña se extendia desde el mar del Norte hasta el lago de Ginebra, y Carlos estaba poniendo su mano sobre la Alsacia, el Austria anterior, la Lorena, la confederacion suiza, la Saboya y la Provenza. Proyectó el desmembramiento de Francia en un número de Estados pequeños, y en 1469 le fué ofrecida la corona del sacro imperio romano por el rey de Bohemia Podiebrad en convivencia con el partido bávaro. El emperador estaba dispuesto á elevar á reino los dominios de Borgoña en cambio de la mano de la heredera María para su hijo, pero no quiso consentir que se eligiera á Carlos rey de Romanos. La invasion arma-